

*Francisco Lafarga, presidente de la Asociación
de Profesores de Francés de la Universidad Española*

MANUEL BRUÑA
Universidad de Sevilla

Como bien refleja el programa difundido, me encuentro en esta mesa de homenaje a Francisco Lafarga como representante de la APFUE.

Personalmente, para mis adentros, estoy aquí sobre todo por motivos más sentimentales, por razones que más tienen que ver con el afecto y la amistad que con nuestra Asociación; pero son, como digo, razones mías que no hubieran bastado a los organizadores de este acto para invitarme a tomar la palabra, ya que, según esas motivaciones, la mayoría de los que estamos en la sala —así como otros que no han podido estar— tendríamos que haber encontrado un sitio en la mesa. Me hallo en ella, ya lo he dicho, como actual presidente de la APFUE, lo que equivale a decir que lo estoy como aprendiz formado para tal función por ese maestro en el oficio que es Lafarga, del que no soy más que el sucesor desde nuestra asamblea de 2010, celebrada en la Universidad Complutense.

Paco Lafarga forma parte constitutiva, desde siempre, del alma misma de nuestra Asociación. Es uno de sus socios fundadores. Incluso antes de que existiera la actual APFUE, participaba ya en la asociación que fue su predecesora, es decir, aquella impulsada allá por 1987 desde el castillo de La Mota —como bien ha cantado recientemente fray Tomassus Gundisalvus de los Sanctos— y de cuya junta directiva ya era miembro Lafarga. Como también fue miembro, junto a Julián Muela Ezquerro, Ana González Salvador y Arturo Delgado Cabrera, de la primera junta que, presidida por nuestra entrañable Alicia Yllera Fernández, tuvo la actual asociación, refundada en la UNED en 1992.

Fue en 2001 cuando Alicia Yllera optó por no seguir dirigiendo la APFUE y Francisco Lafarga decidió presentar su candidatura a presidente ante la asamblea de socios reunida en la Universidad de La Laguna. Lo hizo al fren-

te de un nuevo equipo directivo, en el que había invitado a participar a José M. Oliver Frade, Ángeles Sirvent Ramos, Doina Popa-Liseanu y a mí mismo. Este equipo resultó elegido. Y tuvimos que aprender cómo atender a la Asociación apoyándonos en la experiencia de Paco, ya que todos los demás éramos nuevos en esas lides. Gracias a todos, me dirá Paco Lafarga, pero fue sobre todo gracias a él como aquel equipo trabajó cohesionado y lanzó toda una serie de iniciativas que reforzaron la marcha que ya le había imprimido a la asociación el equipo anterior. Esas iniciativas convencieron a un número cada vez mayor de compañeros de todas las universidades a afiliarse como socios, con lo que tuviste, Paco, la satisfacción de llevar a la APFUE hacia una presencia en la universidad española envidiable para cualquier asociación profesional.

La prueba de que lo hiciste bien es que, cada vez que volviste a presentarte como presidente con tu equipo, volviste a ser elegido, y si bien voluntariamente, no por necesidad, dejaste en 2010 la presidencia, no me cabe la menor duda de que los socios te hubieran renovado su confianza si se lo hubieras solicitado. Fue tu modestia, el hecho de decirte a ti mismo que, al pasar a una situación de prejubilación, preferías también dejar de estar al frente de la APFUE, lo único que hizo que te perdiéramos como presidente. Pero, querido Paco, dos años después todavía te echamos de menos.

Podría hablar por extenso de todas las actividades que junto a tu equipo llevaste a cabo durante el tiempo que presidiste la APFUE, pero me limitaré a recordar tan solo que fue contigo al frente cuando se impulsó el uso de los medios electrónicos para lograr estar presentes en la Red y conseguir una mejor comunicación entre los socios, cuando se hicieron repetidas reuniones sobre la reforma de los planes de estudios universitarios, cuando se afianzaron las relaciones con la Embajada de Francia, cuando las actas de nuestros coloquios aparecieron en Dialnet, cuando la asociación cambió de nombre, cuando comenzaron los contactos y los coloquios conjuntos con la Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur y con la Associação Portuguesa de Estudos Franceses y otras cosas.

Más que seguir alargando esa lista, prefiero hacer hincapié en tus valores humanos, en que gracias a que supiste crear un ambiente de permanente cordialidad entre los miembros de tu equipo, lograste que este te siguiera con entusiasmo en las iniciativas diversas que iban surgiendo. Fuiste un modelo —que espero que imiten la actual y las futuras juntas directivas de la APFUE— en cuanto a saber encomendar a cada miembro de la junta que presidías las

tareas que mejor casaban con sus aptitudes o sus preferencias, dando, además, ejemplo de trabajo y método con el tesón y buen hacer que ponías en el desarrollo de las funciones que, como presidente, solo a ti te correspondían. Si, como socio y miembro de la junta, siempre tendré que pregonar lo que acabo de exponer, también desde un punto de vista estrictamente personal te agradezco, Paco, que lograras hacer de aquel equipo directivo un grupo de amigos que aún procura reunirse, cuando tiene ocasión, por el simple placer de pasar un rato juntos.

Es el mismo ambiente cordial que lograbas también propiciar, por poner otro ejemplo, en las cenas entre los socios asistentes a los coloquios anuales, cuando tomabas la palabra a la hora del brindis y sabías, con ese fino humor que te caracteriza, hacer que todos riéramos o sonriéramos. La misma cordialidad con que te acercabas —y te seguirás acercando— a los participantes en los coloquios que, quizá por noveles, veías más aislados, intentando así que se sintieran integrados en nuestro colectivo; muchos socios, incluidos los ya veteranos, siempre te guardaremos gratitud por aquel gesto que tuviste con nosotros cuando más falta nos hacía.

Ya lo he dicho, Paco: te añoramos como presidente. Menos mal que te seguimos teniendo entre nosotros como socio y que podemos disfrutar hoy de este homenaje que, no solo como nuestro antiguo presidente, sino también como gran investigador y profesor, al igual que como compañero y amigo, te estamos rindiendo. Un homenaje —te lo aseguro, querido Paco— mucho más satisfactorio, mucho más gozoso para todos nosotros de lo que pueda estar siéndolo para ti mismo.